

# Dr. Dee, una ópera *folk*

por Hugo Roca Joglar

Entre el caricaturesco rap sucio de *Plastic Beach* (2010) —tercer álbum de Gorillaz, su banda de hip-hop virtual— y el suave pop roquero sobre alienación de *Magic Whip* (2015) —que significó el regreso de Blur tras 12 años de silencio—, **Damon Albarn** (1968) publicó —en colaboración con el director de escena **Rufus Norris**— *Dr. Dee* (2011), ópera en 18 cuadros. Por ópera, aquí, hay que entender canciones folclóricas, madrigales, interludios y momentos de experimentación sonora con representación escénica en torno a la vida de John Dee, astrónomo ocultista inglés del siglo XVI. Y ahí —en la exploración íntima de un personaje tan raro— esta música fragmentada —sin diálogos, sin coros y sin acción dramática— resulta fascinante.

Dee le leyó a la reina Elizabeth I su fortuna a través de cartas adornadas con figuritas de manzanas. Le dijo: *Saturno te protege, eres indestructible; tu destino es construir un imperio; ¡la guerra es necesaria!* Dee era un hombre controlado por los veleidosos humores de la magia (a veces siniestra y a veces sabia). En la música de Albarn, esas partes de su alma —ambición y violencia, superstición y fe— las representa un órgano cuyo sonido —durante el primer cuadro: “The Golden Dawn”, especie de obertura— ensombrece la alegre polifonía de los pájaros matinales y siembra dudas bajo la tierra de un nuevo amanecer.

Los lúgubres colores del órgano, las terribles vibraciones de su pedal vacío, parecen invadirlo todo en Inglaterra: árboles, ideas, romances, cosechas, bailes y oraciones. Todo excepto la Luna. Una Luna exaltada a la que un joven Dee enamorado le canta (cuarto cuadro: “The Moon Exalted”): “la Luna brillaba más alta que el sol cuando me dejaste (...) lágrimas iluminan la historia verdadera de mi tristeza; te convoco, mujer de canela: acuéstate a mi lado hasta que las primeras luces aparezcan”.

La mujer de canela (soprano, **Anna Davis**), dentro de la ópera, es una presencia abstracta (abstracción del amor) cuyas líneas vocales tienden hacia barrocas acrobacias. El otro personaje, en cambio, es concreto: Edward Kelly (contratenor, **Christopher Robson**): un sombrío aliado de Dee en su desquiciado plan de controlar las almas y someter a los ángeles a través de la magia (magia a la que sólo ellos, por intervención divina, tienen acceso).

El oscurantismo, como época histórica, aparece aquí y allá, entre los cuadros, a través de ambiguas construcciones polifónicas (que por momentos cumplen con la estructura del madrigal renacentista) y una pequeña orquesta de alientos de aires medievales enriquecida con los místicos colores —verdes encendidos y ocre— de un instrumento africano mezcla entre arpa y laúd barroco de 21 cuerdas de nombre “kora”.

El momento musical más sorprendente (cuadro 14) comienza con el contratenor repitiendo una y otra vez la frase “Watching The Fire That Waltzed Away”, y su delirio, cada vez más inteligible



John Dee en la corte de Isabel I de Inglaterra  
Oleo de Henry Gillard Glindoni (1852-1913)

—entre angustiante y orgásmico—, poco a poco se confunde en una textura mecánica en donde células melódicas presentadas por el sintetizador se repiten obsesivamente, a la manera minimalista, con imperceptibles variaciones.

Pero Dee existe en los sonidos de Albarn, y eso —que exprese sus sentimientos a través de un canto *pop* entre voces operísticas— lo vuelve humano y vulnerable. A la manera del aria tradicional —espacio para la introspección—, revela los secretos de su corazón por medio de canciones folclóricas. Y su corazón es atormentado y nostálgico, lleno de sombríos sueños maravillosos.

Dee termina sus días entre fantasmas. Camina por la campiña inglesa —viejo, delirante— y convoca a los caminantes: “nos hemos desencajado del tiempo, ¡canten!”. Y Dee muere llorando (“The Dancing King”, último cuadro) al descubrir la caída de la Luna y que el reinado del Sol ha comenzado. o

